



Al origen de la inspiración

POR FABIO MARTÍNEZ. FOTOS DE ROCÍO YACOBONE. Guitarrista, compositor y arreglador, Héctor Tortosa es uno de los artistas más interesantes y menos explorados de la escena local. Un sonido para el que los medios no guardan espacio y una búsqueda desmesurada: restituir la afinación esencial de cada región de la Argentina.

Hubo un niño que amaba a los animales y al que le encantaba jugar al aire libre, ensuciarse las manos y la ropa con barro, sentir el viento en la cara. Cuando volvía a su casa tocaba la guitarra con desesperación hasta bien entrada la noche. Ese niño creció, se recibió de biólogo, vivió en el sur y volvió a Córdoba por la música. Su nombre es Héctor Tortosa, y hoy es el compositor de obras descomunales como *Mandió, un regalo de Tupá* o *Huayrapuca, la madre del viento*, surgidas



“La música –explica– se basa en parámetros culturales que provienen de Europa y Estados Unidos, en los que todo se va repitiendo. Entonces, siempre creamos y escuchamos influidos por esa estructura. Para llegar a dilucidar el orden de la música que me interesaba tuve que dejar de lado esas influencias y entender que tienen hasta una forma de afinación diferente”.

de leyendas y del legado cultural de los pueblos originarios que habitaron este lado del mundo.

“Desde chico me interesó el medio ambiente. Me gustaban los animales, me pasaba horas viendo sus imágenes en distintas enciclopedias. No había nada más lindo que salir al patio a interactuar con la naturaleza. Ese interés fue creciendo en la escuela, de tal manera que cuando terminé el secundario estudié Biología”, cuenta Tortosa y confiesa que, aunque en ese tiempo tocaba tanto como ahora, aún no sabía que la música pudiera convertirse en una profesión.

Sin embargo, es claro: *“La música siempre fue mi pasión”,* afirma. Luego repasa un poco la historia de su vida. Apenas recibido de biólogo, una amiga lo llamó por teléfono para ofrecerle trabajo en Río Turbio. En ese tiempo cursaba Composición, carrera que tuvo que dejar para viajar al sur. Allí pasó cuatro años. Sintió el viento frío en la cara, esa potencia que traspasa la ropa y que impide caminar tranquilo, como los 24 grados bajo cero a los que desciende la temperatura en invierno. Una de esas noches heladas se acostó a dormir. Al otro día despertó, corrió las cortinas y todo era blanco: el paisaje cubierto de nieve.

Allí, en el sur, empezó también a investigar los parámetros de la música de los pueblos originarios, lo que no le resultó sencillo debido a las estructuras que cargaba. *“La música –explica– se basa en parámetros culturales que provienen de Europa y Estados Unidos, en los que todo se va repitiendo. Entonces, siempre creamos y escuchamos influidos por esa estructura. Para llegar a dilucidar el orden de la música que me interesaba tuve que dejar de lado esas influencias y entender que tienen hasta una forma de afinación diferente”.*

Todo esto lo dice Tortosa en un bar frente al Colegio Monseñor, a media cuadra de la entrada de los músicos al Teatro del Libertador. Recuerdo una frase que dijo en una entrevista anterior: *“Deseo que podamos elegir la música con libertad”.*

La música que existe

–Escuchá– me indica el maestro.

Callo y presto atención a la radio del bar. *“Lo que pasan los medios es una mínima parte de la música que hay. Son un montón de canales y emisoras, pero todos pasan más o menos lo mismo. No cubren ni un diez por ciento de la música que existe”.*

No sé por qué me vienen a la cabeza los videos que Héctor tiene subidos a *YouTube*, en los que interpreta clásicos como “La cumparsita”, “Guantanamera”, hasta “Love Of My Live”. En esas canciones sus dedos flotan por el diapasón, y el sonido es nítido y envolvente. Son videos simples. Solo están él, la guitarra, atrás una pared vacía y su sombra. Nada más.

“Para componer intento despojarme de los parámetros culturales establecidos, porque yo me baso en una cultura que existió mucho antes”, aclara y ahí nomás explica que como la mayor parte del día trabaja para subsistir, cuando está solo en su departamento y tiene energía para componer quiere hacerlo sin limitaciones: *“Sin contaminarme”.*

Me llama la atención su concepción de la música y el arte. Sé que alguna vez, hablando de la guitarra, dijo: *“Quiero vivir mil años para poder terminar de aprenderla”.* Entonces me cuenta que a veces tiene la sensación de que en realidad no sabe nada. *“El arte es infinito, hay tantas combinaciones posibles, tantos tipos de música que no te alcanza la vida. Tenés que aceptar esa limitación y continuar con lo que más o menos manejá”.*

Tocar, componer

Tortosa volvió del sur cuando el Pato Pedano, director de la Escuela de Músicos La Colmena, lo habló para que diera clases de guitarra en ese lugar. Todavía sigue como profesor y



un miércoles al mes lleva adelante audiciones en el bar Alfonsina. *“Acompaño a distintos alumnos en el escenario. Para muchos es la primera vez que tocan en vivo y con público y es muy importante para ellos”.*

Justo en Alfonsina es que nos volvemos a ver, con una garúa finita que apenas moja las calles del centro. Adentro las mesas están repletas. Las mozas van de un lado a otro intentando atender a los comensales lo más rápido que pueden. Hay personas esperando a que un lugar se desocupe. Se escuchan ruidos de platos que chocan con las mesas, un chorro de soda que se mezcla con vino, voces que se multiplican en la noche y crean un gran bullicio.

Cerca de la pared, dos micrófonos, un bombo y tres sillas esperan por los artistas. El encargado del sonido termina de acomodar los últimos cables. Esta noche canta Belén Ceballos, y Tortosa la acompaña. Lo busco a Héctor con la mirada, me dicen que está en la parte de arriba afinando la guitarra. Voy a su encuentro y pienso en la dimensión artística de Tortosa y en la poca difusión que al mismo tiempo tiene su trabajo. Recapitulo: en 2013 fue finalista en el concurso Guitarras del Mundo, y ese mismo año editó el libro *La guitarra en el folklore argentino*, un trabajo que parte de ejemplos concretos y estudia el lenguaje del instrumento a partir de los distintos géneros del folklore. Libro que fue editado con el apoyo del Fondo Nacional de las Artes y que agotó su primera tirada. Héctor, además, fue guitarrista y arreglador instrumental del grupo De Boca en Boca, del cual su hermana Alejandra formó parte. Y como si esto fuera poco, junto a Coty Tormo y Pate Palero llevan a escena *Oxitocina, un espectáculo humorístico, musical y hormonal*. Héctor sigue afinando. Tiene una chomba amarilla y un gorro

“Lo que pasan los medios es una mínima parte de la música que hay. Son un montón de canales y emisoras, pero todos pasan más o menos lo mismo. No cubren ni un diez por ciento de la música que existe”.

en la cabeza como el que usa en esos videos de YouTube. *“Lo que más me gusta es tocar y componer. A pesar de que en estos lugares la gente viene a comer y a charlar, uno ya está acostumbrado. Cuando se vive de esto, se le pone las mismas ganas”.*

Todavía queda un poco de tiempo para que empiece el espectáculo. Entonces, charlamos. Me cuenta que estuvo cerca de cinco años componiendo música instrumental para guitarra que se plasmó en la edición de dos discos: *Mitológicos* y *Suraca*. Ese ajetreo lo ayudó a perfeccionar su técnica, y por otro lado a buscar un sonido diferente, en el que no se notara tanto la influencia del jazz.

La invitación a un congreso en la Universidad Nacional de Córdoba sobre la temática música clásica vs. música popular fue uno de los motores para que Tortosa profundizara su búsqueda. *“Sentía la necesidad de seguir componiendo, pero con letra. Retomé así la lectura de leyendas del litoral que tenía en mi biblioteca desde hacía unos años. La que lleva por nombre El origen de la mandioca (recopilación de Lautaro Parodi), por la historia que desarrolla, llena de colores y conflictos, me pareció ideal para componer una música y desarrollarla, acompañada de melodías y ritmos de origen tupi-guaraní”.*

Técnica y creación

La misma noche que estrenó esa obra en el Teatro del Libertador, junto a la Sinfónica, empezó a gestarse *Huayrapuca...* *“Al final del recital saludé a varias personas. Y entre ellas estaba el lingüista e historiador de familia diaguita Ricardo Salica. Me preguntó si iba a seguir haciendo este tipo de música. Le dije que sí y él me pasó su número de teléfono. A los días lo hablé y empezó a gestarse ese otro trabajo”*, cuenta. Fueron casi tres años de mucha labor. El primero, relata el músico, lo dedicó a la lectura, a interiorizarse en la tradición diaguita, a mirar pinturas rupestres en las que aparecían varios originarios danzando en rituales, visitar regiones, caminarlas, hablar con ancianos, compartir guitarreadas y conocer temas que nunca antes había oído. *“En Belén, Catamarca, me encontré con un anciano de unos 90 años. Escuché a*

ese hombre tocar en un pincullo –instrumento de viento– una melodía de apenas unos segundos que me sirvió para activar la imaginación. Allí comenzó a nacer lo que luego sería la música de la obra”.

La gente sigue saliendo de y entrando a Alfonsina. Tres paramédicos ingresan y se pierden tras la puerta de la cocina. Cerca de los micrófonos, la cantante está acompañada de un grupo de amigas. Le pregunto a Héctor si cree que su música perdurará en el tiempo. Piensa un rato, y me dice que sí. “Estas obras hablan de la historia de un pueblo –explica–. Representan a una comunidad y yo trato de darle forma poética a algo que ocurrió de verdad. Se revaloriza una cultura que fue olvidada por mucho tiempo”.

Tortosa recuerda que en los noventa, cuando se abocó de lleno al estudio de los pueblos originarios y su música, se sentía muy solo. Nadie compartía sus gustos, era un bicho raro en el ambiente. Pero, con el tiempo, se siente “cada vez más acompañado”.

Antes de salir a tocar me pide que anote dos ideas. Dicta: “La técnica es proporcional a la cantidad de horas de dedicación, pero la creación es proporcional a la vida”.

explica que él puede hablar de estos temas porque tuvo una existencia relacionada con ellos, y adelanta que está componiendo otra obra inspirada en los pueblos originarios. “Mi sueño es hacer obras de cada una de las regiones de Argentina y con ello recuperar el patrimonio cultural no tangible, pero sé que no me va a alcanzar el tiempo”, dice.

Llega la hora del espectáculo. Héctor baja con la guitarra a punto. Se ubica en su silla. Yo busco un lugar justo enfrente. Comparto la mesa

con un conocido que encuentro de casualidad.

La guitarra comienza a llorar y solo se oyen los acordes de “La tristecita”, la zamba de Ariel Ramírez. Tortosa toca, sus dedos se deslizan por el diapasón y sonríe. Por primera vez me doy cuenta que su sonrisa lo cubre todo: su rostro, su personalidad, la manera de acariciar su instrumento. Un tipo grita “¡qué tema!”, y sirve más vino en su copa. La canción termina y Héctor levanta el brazo derecho. La gente aplaude y él sigue sonriendo. Presenta a la cantante y un ritmo brasileño se adueña del lugar.

El show es ameno, invitan a personas del público a tocar el bombo. Primero sube una chica, que lo hace de sentada. Luego se anima un hombre mayor que cantó cada uno de los temas y toca de parado. La cantante incita al público a que pidan temas.

Antes de irme, el conocido con el que comparto mesa me



pregunta qué hago acá, y solo. Le cuento que estoy escribiendo una nota sobre Héctor Tortosa, el guitarrista.

–Nunca escuché nada él. ¿Qué tal es? –me pregunta.

–Un maestro, le digo. Un maestro.

Me levanto y me despido desde donde estoy. Tortosa me saluda por el micrófono. Y vuelve a sonreír, igual que ese niño que amaba los animales. 